

(“tasas sobre el conocimiento”), y que eran impuestos sobre el papel, el correo y la publicidad.

Con dichas **tasas sobre el conocimiento**, después de la abolición en 1695 de la **Licensing Act**, la autoridad pública quería restringir la publicación de aquello que más le incomodaba, como fue el caso de unos debates políticos que habían despertado especial interés con ocasión de la independencia de las colonias americanas y de la Revolución Francesa de 1789. No era de extrañar, por tanto, que esas **tasas** fueran incrementadas desde finales del Siglo XVIII.

Empezaron a reducirse a partir de 1833 y se abolieron totalmente entre 1855 y 1861, cuando ya no se veía fácil poner cortapisas en Inglaterra a la prensa popular y que cautivó también a curiosos y eruditos como en su momento el periodismo inglés llamó la atención de los pensadores franceses, como Voltaire y otros enciclopedistas, cuya inspiración nació en las lecturas de la prensa londinense para sacudir la monarquía de los Luises, con textos revolucionarios, igualmente apabullantes.

## CAPITULO

# IV

### La Revolución Francesa y su influencia en la prensa

Es imposible pasar por alto la contribución de la Revolución Francesa de 1789 al mundo de la información.

Primeramente porque consolidó los ideales de libertad por los que luchaba la prensa desde hacía muchos años, y segundo por el despertar de la opinión pública -singularmente poderosa y activa- que en estas fechas levantó la cabeza, y murmuró, y gritó y se agitó.

Pero en este capítulo, igualmente, hay que entender en su cabal significado la presencia de Napoleón Bonaparte en el terreno de la prensa.

## CAPITULO IV

### La Revolución Francesa y su influencia en la prensa

#### 1.- LA REVOLUCION FRANCESA Y LA LIBERTAD DE PRENSA

El 14 de julio de 1789 estalló la Revolución Francesa. Pero la **Gazette**, el órgano de la Corte, ¡no informó que el pueblo tomó la prisión de la Bastilla!

Sin embargo, después de este alzamiento, la cosa ya no sería igual para la prensa, al proclamarse, el 4 de agosto de ese mismo año (1789), la **Declaración de los Derechos del Hombre**, votada el 26 de agosto "bajo los auspicios del Ser Supremo".

Esta **Declaración** fue decisiva para la consagración de la libertad de expresión, como lo prueban los artículos X y XI que decían:

"Nadie debe ser molestado por sus opiniones, aun religiosas, con tal que su manifestación no trastorne el orden público establecido por la ley".

"La libre comunicación de los pensamientos y de las opiniones es uno de los derechos más preciosos del hombre: todo ciudadano puede, pues, hablar, escribir o imprimir libremente, pero debe responder del abuso de esa libertad en los casos determinados por la ley".

Dos años más tarde, la Asamblea proclamó la Constitución de 1791, donde también se subraya, como derecho natural y civil, "la libertad de todo hombre de hablar, de escribir, de imprimir y de publicar sus pensamientos, sin que sus escritos puedan ser sometidos a ninguna censura ni inspección antes de su publicación".

Un siglo y medio después, la Organización de las Naciones Unidas refrendó el espíritu de esta propuesta al expedir la **Declaración Universal de Derechos Humanos**, aprobada por la Asamblea General el 10 de diciembre de 1948, y cuyo artículo 18 especifica:

"Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual o

colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia”

Y a continuación, el 19 afirma:

“Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y de recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión”.

Pero para llegar a estos principios, se tuvo que sortear el viento huracanado del periodismo político y la nueva cara de la prensa.

Ya hemos visto cómo, al dejar de ser un simple instrumento que permite la circulación de noticias, la prensa estimula la discusión pública, prolongándola si es el caso; juega el nuevo papel de mediador entre el ancho público de ciudadanos y el poder político.

Así concluye su análisis Francis Balle (**Comunicación y Sociedad**, pág. 80), al dar cuenta de que los periódicos de grupúsculos políticos se imponen en el París de 1789 tanto como en el de 1848: uno de cada dos hombres políticos tienen sus propios periódicos.

“La expansión de la prensa extremadamente diversificada y politizada, el advenimiento de una verdadera opinión pública y la constitucionalización del Estado, son las profundas mutaciones que marcaron las sociedades oeste-europea y norteamericana, a lo largo de aquella época que va del final del Siglo XVII hasta la mitad del Siglo XIX.

“La prensa se convierte en un instrumento esencial de la comunicación política. El Siglo de las Luces cambia la actitud de los ciudadanos frente a la información pública, al tiempo que se agudiza su curiosidad por los asuntos políticos.

“La Revolución de 1789 favorece la expansión de la prensa: las hojas volantes fueron numerosas, aunque no hayan tenido todas la misma fortuna. Pero la lectura sigue siendo un lujo. Al describir la lectura del **Constitucional** en los cafés de las provincias francesas, Honorato de Balzac (1799-1850) inmortalizó la comunicación política más característica de esta época”, sentencia Balle.

Por su parte, Carlos Alvear Acevedo apunta:

“Guerras, desplomes de viejas estructuras sociales y la aparición de nuevos intereses económicos coincidieron con cambios sustanciales en el modo de pensar y en el contenido de los criterios corrientes. Nada extraño fue, enton-

ces, que las letras y el periodismo resintieran tales mutaciones y aun fuesen sus portavoces”. (Pág. 112).

Y continúa:

“Periódicos que antes no se publicaban sino una vez a la semana, comenzaron a tener dos y hasta cuatro números semanales, mientras los diarios acrecentaban su impacto público”.

El centro de todo era Francia, que hacía suyas las ideas del Iluminismo.

En Inglaterra -dice Hipólito Taine en **Los Orígenes de la Francia Contemporánea**- los filósofos se encerraban en sus libros, mientras que en Francia, figuraban en sociedad y extendían sus ideas no a unos cuantos, sino al nivel más común y amplio.

Eso dice Taine (Editorial Mayo. Buenos Aires. 1944, pág. 243, citado por Alvear Acevedo, pág. 113). Pero ya vimos cómo Inglaterra tuvo su mérito en el periodismo político, sin quitarle reconocimiento a lo que en Francia hicieron Fontanelle, Voltaire, Rousseau, Condillac y Diderot o Montesquieu.

La discusión, la polémica, el debate público y festivo fermentan el espíritu revolucionario, a veces con cierto matiz de vulgaridad e indecencias en los escritos más aplaudidos, o en los panfletos anónimos, de los que Voltaire no fue ajeno a su publicación, ya que en ello era “maestro consumado” y los llamaba sus “pastelitos”.

El afán periodístico se desbordó y los parisinos de aquella época eran tomados en cuenta por su gusto por la lectura.

“Unos años antes de la Revolución existían alrededor de 20 periódicos en París, de los cuales unos cuantos eran literarios, como **El Mercure de France**, y otros muchos científicos, económicos y técnicos, es decir, en varias maneras filosóficos”, y cabe afirmar que una “gran parte de la lucha política posrevolucionaria se hizo por su conducto”, dice Alvear Acevedo (pág. 117), citando a R.G. Escarpit en su **Historia de la Literatura Francesa**, de 1948.

“Cuando al fin estalló la Revolución”, continúa Alvear, “Francia vio cómo su periodismo también reflejaba las inquietudes, los odios de partido, las persecuciones acerbas, y la tendencia al derramamiento de sangre”.

“Los periódicos se multiplicaron como nunca, y cada grupo, cada individuo que estaba en posibilidades de hacerlo, lanzaba el suyo”, coincide con Francis Balle.

“De mayo de 1789 a mayo de 1793, aparecieron... y desaparecieron cerca de mil periódicos con los títulos más inesperados”, de acuerdo con Gabriel-Robinet, en su libro en francés sobre la **Historia de la Prensa** de 1960.

En esta catarata de periódicos, unos alcanzaron vida larga, y otros fueron flor de un día, recogiendo nombres de influencia preponderante en la vida política, como Mirabeau, Condorcet, Marat, Robespierre, entre otros.

Defendían sus ideas persiguiendo a quienes se les oponían y muchas veces ellos mismos fueron enemigos entre sí, dejando una estela de sangre en su delirio revanchista.

No obstante, nadie puede hablar de libertad de prensa en Francia, sin referirse a la poderosa opinión pública que gestó tan saludable vocación revolucionaria.

## 2.- EL DESPERTAR DE LA OPINION PUBLICA

El advenimiento de una verdadera opinión pública es un hecho en vísperas de la Revolución Francesa.

Había un periodismo ciertamente beligerante, mas no significativo en cuanto a proyección y crédito, pues hay pruebas del poco respeto que los “gaceteros” y **nouvellistes** de la época merecían de algunos hombres de letras como Montesquieu, o como Marat, que era un fanático corrosivo como editor de **El Amigo del Pueblo**.

Montesquieu (1689-1755) escribió sus **Cartas Persas** en 1721, manifestando cierta ironía y desprecio por los periódicos: “Hay una especie de libros que no conocemos en Persia, y que están muy de moda aquí: los periódicos. Al leerlos, siéntese uno lisonjeado en su pereza y satisfecho de poder recorrer treinta volúmenes en un cuarto de hora”. (Editorial Siglo Veinte. Buenos Aires. 1944. pág. 178).

Sin embargo, en esos tiempos fue digna de tomarse en cuenta una **opinión pública**. Y una opinión pública singularmente poderosa y activa, que vemos manifestarse en el Siglo XVIII bajo el régimen del cardenal Mazarino, y que sumisa y dócil bajo Luis XIV, levantó la cabeza, y murmuró, y gritó, y se agitó, durante el curso de ese siglo, rechazando obras teatrales, libros y hombres.

Hizo fracasar el **Fedro** de Racine y elevó a las nubes el **Contrato Social** de Juan Jacobo Rousseau.

Su rumor, primero sordo y neutralizado, después agudo y radical, se hizo sentir en todos los acontecimientos graves y en todos los vaivenes políticos.

A partir de 1789, ella fue la que dirigió, desde el **Palais-Royal**, todos los grandes movimientos revolucionarios y las jornadas más sobresalientes de la Francia de entonces. (González-Blanco, pág. 144).

El texto de este historiador español es esclarecedor:

Nos encontramos en presencia de un hecho indisputable y curiosísimo. El verdadero **periodismo político** de Francia se propagó oralmente por los **nouvellistes** antes de propagarse en letras de molde, y coexistió por siglo y medio con el empleo de la imprenta en el noticierismo y en todas las manifestaciones de la prensa...

¡Y qué información tan concienzuda era la información aquella, que seguía paso a paso las noticias, y estaba enterada de todos los rumores, que, no sólo en Francia, sino en el extranjero, circulaban!

El **nouvelliste** era algo periodísticamente muy completo y profesional.

El gremio de los **nouvellistes**, que en su nacimiento y primera evolución había sido el resultado y el reflejo de una **anarquía espontánea**, según Taine, acabó por ser, en el Siglo XVIII, una anarquía organizada.

Cada reunión de **nouvellistes** era un **club** al aire libre.

En vísperas de la Revolución, el número de **nouvellistes** aumentó con la fermentación de los espíritus, y su punto principal de reunión fue el **Palais-Royal**, donde se preparaba la opinión pública.

No sin motivo se ha observado que esta organización oral de la opinión pública es casi una revelación hoy en día para quienes no han profundizado en la erudición de lo consuetudinario.

Bordeaux, en su libro en francés **Los orígenes del Periodismo** (1904), escribió:

“A medida que el Estado francés se centralizaba, nadie en provincias se contentaba ya con noticias locales, y ningún parisino se contentaba tampoco con noticias de su barrio. Se dice que la necesidad crea el órgano. Y aquella curiosidad insaciable creó los **nouvellistes**, que comprendieron la necesidad de la información, e hicieron de ella un oficio, bien que, más curiosos que sus mismos clientes, este oficio no les resultaba lucrativo, sino costoso. En su respeto a la noticia y al público, se constituyeron rápidamente en un cuerpo

distinguido. Aquel de entre ellos que daba una noticia falsa, se hallaba obligado a desmentirla y hacer el sacrificio de su amor propio... ejemplo que nuestros periódicos están muy lejos de haber seguido”.

El mismo autor llama la atención sobre lo singular y extraño de aquella organización informativa de gacetas ambulantes que llegó a fraguar la opinión pública en Francia y cuya fuerza hizo que el gobierno enviara agentes a los lugares públicos (jardines y cafés) en los que los **nouvellistes** se reunían.

El **nouvelliste** tenía sus emisarios en el extranjero, sus corresponsales en provincias, sus afiliados en la corte, en los ministerios, en las embajadas.

No de otro modo las agencias o los enviados especiales comunican en nuestros días con sus periódicos, cuando ya la opinión pública es más fácilmente identificada y contundente.

Pero a Francia le hacía falta liberarse de la censura, como lo hizo Inglaterra en 1695, de suerte que cuando Desfontaines y Fréron inauguraron el periodismo crítico, militante y agresivo, la opinión pública también echó su cuarto a espadas, hacia 1730-1776.

Ellos se enfrentaron a los filósofos, y con **El Año Literario**, Fréron se ganó a los partidarios de la tradición.

No contaban gran cosa los periódicos, pero fueron incluidos en esa ansiada libertad de prensa que algunos buscaban principalmente para los libros y folletos aislados, a pesar de la oposición de varios hombres de letras.

Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) era de los que no aceptaba la libertad de prensa en su época, abominando de sus frutos, como se lee en su discurso sobre las ciencias y las artes en relación con las costumbres.

Recuérdese que el ginebrino es autor de una doctrina por la cual se piensa que el hombre es naturalmente bueno, pero que la sociedad corrompe esta bondad, al grado que es necesario, por tanto, volver a la virtud primitiva.

Quizá por eso mismo consideraba dañina a la prensa de entonces, pues decía textualmente:

“Considerando los desórdenes afrentosos que la imprenta ha causado en Europa ya, y juzgando del porvenir por el progreso que el mal hace uno y otro día, fácil es prever que los soberanos no tardarán en tomarse, para expulsar el terrible arte de sus Estados, tanto cuidado como se han tomado para introducirlo en ellos.

“El sultán Achmet, cediendo a las importunidades de algunas supuestas personas de gusto, había consentido en establecer una imprenta en Constantinopla; pero no bien la prensa empezó a producir, la destruyó y lanzó a un pozo sus aparatos.

“Dícese que el califa Omar, consultado sobre lo que debía hacerse con la Biblioteca de Alejandría, respondió en los siguientes términos: **si los libros de esa biblioteca contienen cosas opuestas al ALCORAN, son malos y hay que quemarlos; si no contienen más que la doctrina del ALCORAN, hay que quemarlos también, porque son superfluos.** Nuestros sabios han citado este razonamiento como el colmo de la absurdidad. Poniendo, empero, a Gregorio el Grande en lugar de Omar, y al Evangelio en lugar del **Alcorán**, la biblioteca hubiera sido quemada y su incendio acaso constituiría hoy el rasgo más hermoso de la vida de aquel ilustre Pontífice” (citado por Edmundo González-Blanco, pie de página, 139).

En contraste con Rousseau, fueron mayoría los que lucharon a brazo partido por esa herencia de Inglaterra que ya era conocida como libertad de prensa.

En diciembre de 1788, después del sinuoso camino recorrido, el Parlamento de París la declaró necesaria, y Mirabeau recomendó: “Que la primera de vuestras leyes consagre para siempre la libertad de la prensa, la libertad más inviolable, la más ilimitada; la libertad sin la cual no serán jamás conseguidas las otras”.

Los **cahiers (cuadernos)** de los electores de 1789 fueron en general favorables a esta reivindicación. Los del clero, es cierto, hicieron numerosas reservas; pero los de la nobleza, y más todavía los del tercer estado, condenaron la censura previa, sin precisar la organización del régimen represivo. (Georges Weill, pág. 82).

Ya dijimos que la libertad que se exigía era para los folletos aislados y los libros. Pero Mirabeau tuvo el acierto de adivinar el papel que jugarían las publicaciones periódicas en Francia.

Lo mismo hizo Brissot, quien publicó el **Patriota francés** en 1789, donde exponía la libertad de las gacetas. Y éste es el momento en que las palabras **gaceta** y **periódico** comienzan a ser tomadas por todos como sinónimo; con un mismo sentido.